

MIGUEL DEL REY Y CARLOS CANALES

SAHARA

LA PROVINCIA OLVIDADA



edaf



SAHARA

CLÍO CRÓNICAS DE LA HISTORIA

SAHARA

LA PROVINCIA OLVIDADA

www.edaf.net

MADRID - MÉXICO - BUENOS AIRES - SAN JUAN - SANTIAGO
2018

ISBN de su edición en papel: 978-84-414-3851-4

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal) © 2018. Miguel del Rey Vicente y Carlos Canales Torres
Diseño de cubierta: Ricardo Sánchez

© 2018. Editorial EDAF, S.L.U., Jorge Juan 68. 28009 Madrid (España)
www.edaf.net

Primera edición en libro electrónico (epub): abril 2018

ISBN: 978-84-414-3862-0 (epub)

Conversión a libro electrónico: Ulzama Digital

INTERMEDIO

En algún lugar del Sahara.

23 de mayo de 1930.

HABÍAN RECORRIDO DECENAS DE KILÓMETROS sin apartarse de su rumbo en dirección oeste hasta que, alzándose ya el sol en todo su esplendor escarlata, se desviaron hacia el sur. El vuelo que debía llevarlos a los cuatro en dos aparatos de Villa Cisneros a Cabo Juby para recibir al general Balmes, el inspector de aviación que realizaba por primera una vez una visita a los aeródromos del Sahara, había empezado hacía unas horas y, hasta ese momento, todo había transcurrido con absoluta normalidad.

La verdad era que los Breguet XIX daban buenos resultados, pero esta vez, al menos el suyo había fallado. Hacía un buen rato que el motor Hispano-Suiza renqueaba, y su experiencia le decía que no tardaría en verse obligado a tomar tierra.

El cauce de un río seco excavado con profundidad en una planicie le ofreció una buena pista de aterrizaje. Alargó el brazo para llamar la atención del capitán Núñez de Maza, que viajaba junto al sargento mecánico Ferrer, y avisó también de que descendía a su pasajero, el cheij Tale Buya.

Empujó la palanca a la vez que accionaba el timón y el avión respondió de forma instantánea. Era buena señal, pero sabía que sin la ayuda del motor no podía aspirar a otra cosa que a un difícil aterrizaje. La suerte volvió a ponerse en su contra a pocos metros del suelo; el cauce estaba sembrado de cantos rodados de mayor y menor tamaño, y muchos de ellos chocaron ruidosamente contra las láminas de duraluminio del frontal y la protección del tren de aterrizaje trasero. Tras un momento de angustia, el avión se detuvo con un ronroneo inconfundible.

Pasados pocos minutos se posó Núñez Maza, que con similar fortuna enredó su tren de aterrizaje en un enorme matojo. Intentaron reparar un aeroplano y liberar el otro, pero no tuvieron tiempo, a su alrededor apareció un mar

de rostros que los estudió con ojos ceñudos. Tenían la traza típica de los beduinos del desierto, armados con mosquetes anticuados, y no tardaron en sumirse en un batiburrillo de voces guturales que no auguraban nada bueno. Por el modo en que algunos señalaban los cuchillos de aspecto espeluznante que llevaban, se podía sospechar que estaban a favor de acabar con ellos sin más preámbulos.

Por suerte, varios de los que formaban una hilera cerca de uno de los aviones, dirigidos por un individuo que se tocaba con un mantel de cuadros en el que se distinguía el escudo de la aviación española, intervinieron para señalar hacia el este. Sus argumentos parecieron resultar convincentes solo hasta que unos y otros se enzarzaron en una violenta lluvia de puñetazos y golpes de guma. Para su sorpresa, Tale Buya susurró que peleaban para ver quién se quedaba con cada uno de ellos, pues, si los utilizaban bien como objeto de comercio, no era difícil obtener por un cristiano varios fusiles y cinco o seis mil duros.

Al final, les repartieron entre cada grupo, sin hacer caso alguno a Tale Buya, al que nadie pensaba tener en cuenta por vivir con gente ajena a la religión islámica. La peor suerte le correspondió a Núñez Maza que, con las manos firmemente atadas a la espalda, quedó en poder de los más rápidos en el manejo de las gomas, los arosien. Por lo poco que pudo entender de su dialecto hassania supo que eran los asesinos de otros aviadores y de unos pescadores canarios. Le subieron a un camello y huyeron tras amenazar de muerte a todos los demás.

El domingo 25 de mayo el diario ABC daba la noticia de la desaparición del grupo: «Se sigue sin noticias de los aviadores comandante Burguete y capitán Núñez» —decía en titulares—. Más adelante, junto a una semblanza en la que se reconocían los méritos de guerra de ambos pilotos, comentaba que el Ministerio de Marina había dado orden a un cañonero que se encontraba en la costa occidental africana para realizar un recorrido de exploración, a fin de descubrir el paradero de los dos aviones desaparecidos.

La aventura no terminó hasta el 3 de junio, cuando los prisioneros fueron entregados a una dotación del cañonero *Canalejas*, que, apoyada por el guardacostas *Wad Ras*, desembarcó dispuesta a pagar una compensación económica de 5000 pesetas por persona.

No era la primera vez, ni sería la última. Había años terriblemente secos en los que encontrar comida en el desierto resultaba casi imposible. La penuria de las tribus del interior era tan grande, que alimentar y, aparentemente salvar la vida a cualquier europeo, podía suponer unos miles de pesetas. Esa era para todos la diferencia entre la vida y la muerte.

INTRODUCCIÓN

DA IGUAL LA FUENTE QUE USTEDES CONSULTEN, de la guerra breve pero sangrienta que España libró a mediados del siglo xx en sus territorios y luego provincias de África Occidental, Ifni y Sahara, apenas hay rastro en la memoria popular. Y eso, a pesar de que en los últimos años, especialmente a partir de 2007, cuando la última guerra librada por España hizo su quincuagésimo aniversario, aparecieron muchos y notables libros sobre el conflicto, —incluido el nuestro— que en gran medida recogían las experiencias y vivencias de los jóvenes que, la mayor parte de las veces sin ni siquiera poder imaginarlo, fueron llamados a filas por su quinta y se encontraron en medio de un conflicto armado, de corte antiguo y colonial, en el que muchos de ellos perdieron la vida o la salud. Como siempre, solo llegaron, por desgracia, a una minoría de lectores aficionados a la historia y especialistas, pero no al gran público.

Hagan ustedes la prueba y pregunten sobre la presencia española en Ifni y Sahara o sobre la guerra que allí tuvo lugar. Es posible que, a pesar del tradicional desconocimiento de los españoles de su propia historia, cualquier persona de formación media, no sepa absolutamente nada sobre el conflicto con el Ejército de Liberación Nacional — el *Yeicht Taharir*—, palabra está última, que a los oídos de los españoles actuales suena más a una película de Ciencia Ficción que al nombre del último ejército enemigo de España.

El casi suicida desconocimiento de nuestro pasado por parte de la juventud actual, es tan absoluto, que parece obra de un meticuloso y planificado trabajo, pues es algo único en nuestro entorno cultural, pero además, en el caso de la Guerra de Ifni-Sahara —nombre con el que después fue conocido el conflicto aunque se desarrolló en dos escenarios bien diferentes, el propio Ifni y el Sahara Occidental — una contienda oscura, ocultada en su desarrollo y conse-

cuencias a la callada y sufrida opinión pública de la España de los años cincuenta del siglo pasado, y librada en unas condiciones muy difíciles, en un país pobre y con un ejército mal equipado, olvidado y abandonado por su propio Gobierno, es especialmente grave, pues la complicada relación de España con Marruecos¹ se tapa frecuentemente bajo todo tipo de estúpidas declaraciones de buena vecindad que ocultan que, guste o no, la frontera de España con nuestro vecino africano es la única complicada que tenemos, pues el contencioso de Gibraltar podrá no resolverse, pero no es en absoluto una amenaza para la seguridad de nuestra nación.

En 1957 España acababa de salir de una década de aislamiento que había impedido la recuperación de los terribles daños ocasionados por la Guerra Civil y que había prolongado la pobreza de los años de la posguerra mucho más allá de lo que hubiese sido razonable. Convertido en Europa en un régimenapestado y despreciado, el franquismo comenzó a vislumbrar un lugar bajo el sol, cuando su feroz anticomunismo fue aprovechado por los Estados Unidos, que desde 1953, y en medio de la Guerra Fría, dieron a Franco el apoyo que necesitaba para sobrevivir.

Sin embargo, cuando comenzó el conflicto, en los meses siguientes a la consecución por Marruecos de su ansiada independencia, España no había iniciado aún la senda que le llevaría al inmenso crecimiento económico de los años sesenta que en dos decenios sacarían al país del subdesarrollo y del atraso, y las Fuerzas Armadas, no estaban en realidad en condiciones de librar una guerra moderna, ni siquiera contra un ejército irregular y a poca distancia de la metrópoli.

Cuando las noticias de que las bandas armadas del Ejército de Liberación Nacional o *Yeicht Taharir*, estaba atacando las posiciones españolas en Ifni llegaron a Madrid, el desconcierto del Gobierno fue absoluto. Consciente de su debilidad, había intentado por todos los medios evitar el conflicto, a pesar de que las señales parecían indicar de

una forma clarísima que el choque con las bandas armadas, apoyadas de forma absoluta, y poco disimulada, por el Gobierno de Marruecos, parecía inevitable.

Los medios de comunicación de la época apenas mencionaron el conflicto en los primeros días, cuando la situación no estaba controlada y el desconcierto era manifiesto. No se sabía cómo comunicar a la población, a la que se decía desde hacía años que había una profunda «amistad hispano-árabe», de la que se hablaba pomposamente una y otra vez, que el «amigo» marroquí, acababa de apuñalarnos por la espalda a los pocos meses de que se concediera la independencia a su nación y cuando se conocía que, en sus peores momentos, el Istq̄lal había realizado sus reuniones en nuestro país y había contado con el apoyo, más o menos encubierto, de instituciones oficiales españolas.

El pueblo español fue por lo tanto engañado de principio a fin, al comienzo de las hostilidades por el sistemático ocultamiento de lo que estaba sucediendo y, después, porque nunca se llegó a contar la verdadera dimensión de lo que había sucedido.

Cuando tras unas semanas de duros combates la situación pudo ser controlada en Ifni, la prensa se volcó, siguiendo instrucciones claramente establecidas, a ensalzar el papel llevado a cabo por las «heroicas» tropas del «invicto» ejército salido de la Guerra Civil. Sin embargo, militares y políticos conocían la dura y amarga realidad. Aun habiendo combatido bien, al límite de lo que permitían los escasos medios con los que se contaba, en Ifni se habían logrado solo unas precarias tablas, y en el Sahara, donde sí se había conseguido una clara victoria contra el Ejército de Liberación, esta solo se había obtenido gracias al apoyo material y logístico del ejército francés.

La presente obra es por lo tanto un pequeño intento para acercar a todo tipo de público los hechos más significativos de una guerra silenciada, olvidada y casi borrada de la memoria y de los libros de historia, en la que centenares de españoles dieron la vida defendiendo a su país, muchos de ellos soldados de reemplazo que habían abandonado su

pacífica y tranquila vida para hacer el servicio militar en unos territorios de los que la mayor parte no sabía absolutamente nada, cuando por avión o barco fueron llevados hasta allí, para verse envueltos en una guerra de la que muchos de ellos no regresarían jamás.

Creemos que, sesenta años después del fin de la guerra, su recuerdo y lo que hicieron, no debe de olvidarse, aunque así lo hayan hecho los ingratos Gobiernos españoles y la falta de memoria de sus compatriotas.

¹ Olvidar esta obviedad es una locura, pero los Gobiernos españoles parecen hacerlo una y otra vez. Las buenas relaciones que debemos tener con Marruecos no pueden hacernos olvidar que los últimos conflictos en los que España se ha visto envuelta tienen todos un mismo escenario. España no combate con una nación europea desde 1814, pero desde esa fecha ha combatido en África en 1859-60, 1893, 1909-13, 1919-27, 1957-58 y 1975-76. Y eso que no contamos los incontables incidentes armados ocasionales, las crisis tipo Islas Perejil ni los actuales conatos de terrorismo internacional.

1.^a PARTE

Rescaldos de un imperio

Cuando al amparo de una noche del año 1476, Diego García Herrera desembarcó con seis naos en el litoral sahariano y construyó los cimientos de la fortaleza denominada con posterioridad Santa Cruz de la Mar Pequeña, desconocía por supuesto la trascendencia histórica del paso que estaba realizando [...] Tampoco pudo suponer Diego, el enorme caudal de testimonios, de derechos, de avales, de discrepancias y de litigios internacionales, incluso de guerras que ocasionaría a través de la historia, el sencillo acto de poner el pie en un trozo de arena del desierto inhóspito y solitario, defendido del embate del mar abierto por una pequeña barrera de arena.

Ifni y Sahara una encrucijada en la historia de España.

MARIANO FERNÁNDEZ-ACEYTUNO

1.1 EN NOMBRE DEL REY

EXISTE UNA TIERRA AL ESTE DE LAS CANARIAS que, desde los primeros asentamientos de los castellanos en el siglo xv, ha sido siempre muy alabada por los pescadores como abrigo o lugar de descanso. Es un lugar seco y duro, pero con un mar calmado, y resulta un buen sitio para reponerse de las inclemencias del océano y pescar con sosiego. Más al norte, el litoral ya es duro, escarpado y mucho más peligroso.

Las costas de este mar tranquilo fueron conocidas por los portugueses como Río de Oro desde 1442, cuando sus naves, en aquellos tiempos protagonistas de constantes exploraciones, bajaban más y más hacia el sur con la intención de encontrar una ruta marítima directa que les permitiera abrir mercados en los que intercambiar los productos europeos por oro y esclavos. Hasta entonces ese comercio utilizaba exclusivamente la ruta a través del Sahara. Un largo camino por el que lentas caravanas conectaban los puertos mediterráneos del norte de África con la mítica capital del imperio de Mali, Tombuctú, a siete kilómetros del río Níger.

Tanto la costa como el extenso territorio hacia el interior estaba habitado, y aún lo está, por tribus de origen bereber que llegaron a la región hace miles de años, cuando el actual desierto era un vergel, con agua, ríos, lagos y animales como los que hoy solo se encuentran muchísimo más al sur; España, siempre tuvo un interés estratégico y comercial en ese área, por estar frente a las islas Canarias, y, durante unos años, entre los siglos xix y xx, ejerció un poder soberano directo en la zona. De hecho, pasó a conocerse en todo el mundo como el Sahara español y con esa denominación, o bien con la de Sahara Occidental, entró para siempre en la historia de España.

Más al norte se encuentra una zona que jamás hubiese dispuesto de una historia diferente y singular del resto de la

región de la que forma parte, si no hubiese sido porque la presencia española en el siglo xx, durante treinta y cinco años —de 1934 a 1969—, la dotó de un protagonismo y una originalidad que ni su geografía ni sus pobladores la habían conferido. Ese territorio, antes incluso de que protagonizara la que iba a ser la última de nuestras aventuras coloniales y reclamara su parte de dinero, energía y sangre, era conocido con el nombre de Ifni.

Esas costas tenían una larga tradición entre los navegantes de Portugal y Castilla, los únicos capaces de apartarse del abrigo de orillas conocidas. Desde la Edad Media, barcos de ambos reinos, capitaneados por muchos de los emprendedores y audaces capitanes de la época, que buscaban fortuna en las inmensas soledades de las desérticas orillas del continente africano, se habían aproximado con frecuencia a sus playas. Una vez en tierra, conscientes de que la población era musulmana y por lo tanto potencialmente hostil, no fue raro que decidieran construir bastiones de pequeño o mediano tamaño que sirviesen de base para incursiones en el interior. Las denominadas «cabalgadas». La más importante de todas ellas sería la llevada a cabo por el sevillano Diego García de Herrera y Ayala. Su esposa, Inés Peraza, había heredado en 1452 los derechos sobre ese territorio de su padre, Hernán Peraza el Viejo, señor de las islas Canarias, que a su vez había recibido la concesión de Enrique III de Castilla.



La antigua fortaleza de Erg Chebbi, en la ruta de las caravanas, hoy un hotel aislado en medio de las dunas del desierto del Sahara. Todavía,